44

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMATICA
Y TEATRO CÓMICO

LA HUÍDA Á EGIPTO

Ó

La Degollación de los Inocentes

DRAMA BÍBLICO EN UN ACTO Y CUATRO CUADROS

Y EN VERSO

(EPÍLOGO DEL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS)

original de

ADELAIDA MUÑIZ Y MAS

Y

JOSÉ DE LA CUESTA

Estrenado con éxito extraordinario en el Teatro del Príncipe Alfonso en la noche del 28 de Diciembre de 1892.



MADRID
Arregui y Aruej, Greda, núm. 15
Florencio Fiscowich, Pez, 40 y Pozas, 2, 2.°
EDITORES
1893

LA HUIDA A EGIPTO

ó

LA DEGOLLACIÓN DE LOS INOCENTES

LA HUÍDA Á EGIPTO

Ó

La Degollación de los Inocentes

DRAMA BÍBLICO EN UN ACTO Y CUATRO CUADROS

Y EN VERSO

(EPÍLOGO DEL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS)

original de

ADELAIDA MUÑIZ Y MAS

Y

JOSÉ DE LA CUESTA

Estrenado con éxito extraordinario en el Teatro del Príncipe Alfonso en la noche del 28 de Diciembre de 1892.



MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA DE J. DUCAZCAL

Plaza de Isabel II, núm. 6

1893

A S. M. el Rey

DON ALFONSO XIII

tienen el honor de dedicarle esta obra

Los Autores.

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA........................	Srta. Bajatierra.
SALOMÉ.......................	Srta. Fernández.
MARIAMNE.....................	» Anaya.
JOAQUINA.....................	Sra. Vargas.
HERODES......................	Sr. Garza.
SAN JOSÉ.....................	» Gómez.
EL CENTURIÓN.................	» Alarcón.
SOLDADO 1.º..................	» Alonso.
IDEM 2.º.....................	» Nieva.
IDEM 3.º.....................	» García.

Soldados, mujeres del pueblo y niños.



ACTO ÚNICO

CUADRO I.—El Consejo de Salomé.

El palacio de Herodes.—Cámara real.

ESCENA PRIMERA

HERODES, *y después* SALOMÉ *por la derecha.*

HERODES. Perturbada está mi mente
con una inquietud extraña!
SALOMÉ. Herodes, ¿así te entregas
al reposo y á la calma?
¿Nada llegó á tus oídos?
¿Tus ojos no vieron nada?
¿No percibiste el contento,
los clamores de las masas?
HERODES. Algo advertí; mas no sé,
en verdad, de qué me hablas.
SALOMÉ. ¿No ves cómo el mar presiente
las tempestades lejanas,
y agitado y rumoroso
blancas espumas levanta?
Pues así el pueblo judío,
Herodes, tu fin presagia,

y tu trono y tu corona
con su alegría amenaza.

HERODES. ¿Te refieres á ese niño
á quien las gentes aclaman
por si cumple de Isaías
las proféticas palabras?

SALOMÉ. De él hablo, sí; tú olvidaste
que si no resultan vanas
esas mismas profecías
que tanto al pueblo entusiasman,
ha de ser Rey de Judea
el que llegue á realizarlas.

HERODES. Eso dicen; pero creo
que el deseo les engaña.

SALOMÉ. ¿Y si fuese una verdad?

HERODES. Si lo fuese, entonces...

SALOMÉ. Habla.
Oye mi voz, no te entregues
á una ciega confianza;
toma una medida extrema
contra el mal que en tí se ensaña;
te lo ordena tu deber,
te lo aconseja tu hermana.

HERODES. No sé qué fascinación
ejerce en mí tu palabra,
que mi voluntad te sigue
de tus caprichos esclava,
Salomé, y hoy, como siempre,
juntos al mal nos arrastra.

SALOMÉ. Herodes, tienes un hijo
que ha de ser cual tú monarca.
Su porvenir asegura,
su regia corona guarda.
No vaciles; si es preciso,
sangre inocente derrama.
Como Rey, salva tu trono;
como padre, á tu hijo salva.

HERODES. ¿Y cómo podrá alcanzarle
á ese niño mi venganza?

SALOMÉ. Haz que hoy á inscribir sus hijos
las madres al templo vayan,
que cierren todas las puertas

y nadie por ellas salga.
Con orden secreta envía
los soldados de tu guardia
y que no dejen un niño
vivo en toda la comarca.
Seguro estás en el trono
si oyes mi consejo.

HERODES. Calla,
Salomé; nunca te he visto
tan cruel y sanguinaria.
¿Qué te propones? ¿Por qué
con los débiles te ensañas?
Por tu culpa me odia el pueblo
que en otro tiempo me amaba.
Tú me inspiraste los crímenes
que á mí solamente alcanzan,
y de delitos horribles
formas la sangrienta escala
por que desciende á un abismo
de eterno oprobio mi alma.
¿Qué deseas? ¿Quién te inspira
tan horrorosa venganza?
Calla, Salomé; ese crimen...
hasta pensarlo me espanta.

SALOMÉ. No es delito, es previsión
á tu poder necesaria.
Esos niños son judíos
de esa maldecida raza
que del odio á tí y á los nuestros
lleva el germen en su alma.
Hoy son débiles, son niños;
pero hombres serán mañana
y olvidarán que piadoso
desde el polvo los levantas,
para lanzarte del trono
como hoy te anuncia tu hermana,
y llamar á sus delitos
justicieras represalias.
Sé firme; de tu firmeza
dá prueba evidente y clara,
castigando impíamente
tan infames acechanzas.

HERODES. Si de matar hombres fuertes
solamente se tratára,
ó de lanzar mis soldados
en medio de una batalla,
ni un instante, hermana mía,
en hacerlo vacilara;
pero cuando de inocentes
y tiernos niños se trata,
temo empañar con su sangre
el brillo de nuestras armas.

SALOMÉ. Acuérdate de tu hijo.

HERODES. Sólo por él tiemblo.

SALOMÉ. Nada
te inquiete, ¿no soy yo madre
y sé cómo un hijo se ama?
Nada por los nuestros temas
que tu nombre los ampara,
¿ó piensas que para el pueblo
no son dos vidas sagradas
cuando circula en las venas
la sangre de su monarca?

HERODES. No, imposible...

SALOMÉ. No vaciles;
que mientras, tal vez escapa
ese ser que la Judea
como Dios y Rey aclama.
Tu compasión le perdona,
su senda de gloria allanas
y el triunfo que tanto temes
tu indiferencia prepara.
¿Y sabes qué recompensa
para tí está reservada?
Ver que le sirve tu trono
de pedestal á sus plantas
y con tu regia diadema
vá su frente coronada.
Poder, grandeza, fortuna
así á tu hijo le arrebatas
para que de él y del mío
dos pobres esclavos haga.
Corre hacia el abismo, ciego,
que con su atracción te llama.

Piensa que para salvarnos
será ya tarde mañana.

HERODES. (*Después de haber meditado, tomando una resolución súbita.*)
Lo comprendo, Salomé;
tienes razón, basta, basta.
Haz entrar con gran secreto
al Centurión que me aguarda.
Sabré sostener el trono
de mi Mariamne adorada,
aunque con mi propia sangre
tenga que regar sus gradas.

SALOMÉ. Al fin, Herodes, te muestras
como te quiere tu hermana.
Yo avisaré al Centurión
que está esperando.

HERODES. Sí, anda.
(*Vase Salomé por la derecha.*)

ESCENA II

HERODES *y después* EL CENTURIÓN

HERODES. Otra nueva crueldad
á mi trono necesaria.
Mas aquí está el Centurión.

CENTURIÓN. (*Entra por el segundo término derecha y permanece durante breves instantes á respetuosa distancia.*)
Tus mandatos esperaba.

HERODES. Fuiste el que llevó á Belén
la orden por el César dada
de irse á inscribir.

CENTURIÓN. Yo fuí.

HERODES. Pues bien, tu viaje relata.

CENTURIÓN. (*Acercándose.*) He visto tal entusiasmo,
cosas tan nuevas y extrañas,
que son, en verdad, señor,
dignas de ser relatadas.

HERODES. Principia ya.

CENTURIÓN. Recorriendo
valles, pueblos y montañas,
haciendo saber á todos

lo que el César ordenaba,
vi, á impulsos de la alegría,
desbordarse el pueblo en masa,
desde el anciano decrépito
hasta el joven entusiasta;
desde el pastor más humilde
al orgulloso monarca,
vi hombres, mujeres y niños
abandonar sus moradas
para ir á rendir tributo
al Mesías que proclaman,
como si toda Judea
tuviese tan solo un alma
y en un mismo inmenso amor
todo el pueblo se abrasara.

HERODES. ¿Y piensan que es el Mesías?

CENTURIÓN. Señor, tal vez no se engañan,
que con ocultos prodigios
su nacimiento señalan,
y mientras á los tres Reyes
una estrella les guiaba,
un ángel avisó al pueblo
con su divina palabra.

HERODES. (Es peligroso ese niño,
tenía razón mi hermana).
(Breve pausa.)
Ve al templo, y cuando las madres
á inscribir sus hijos vayan,
que de la ciudad las puertas
encuentren todas cerradas,
y en Jerusalén, lo mismo
que en las aldeas cercanas,
los que aún no tengan dos años,
sin piedad ni duelo mata.

CENTURIÓN. Aunque con pena, Señor,
se cumplirá lo que mandas.

HERODES. Hazlo, mas sin que mi esposa
se entere de lo que pasa.

CENTURIÓN. Hoy, como siempre, será
tu voluntad acatada.
(Vase por el foro derecha.)

ESCENA III

HERODES y MARIAMNE *por la izquierda.*

HERODES. (*Viéndola.*) (¡Mariamne! ¡qué confusión!
(¡Si me escuchó!...) Esposa mía...

MARIAMNE. Cuando á tu estancia venía
ví salir al Centurión.
No te quise interrumpir
ni en aquel momento entrar.

HERODES. Una orden tuve que dar
que al punto se va á cumplir.
Mas si por ella un rumor
á tus oídos llegase
y compasión reclamase
con acentos de dolor,
no oigas el mal que te llama
y hacerte sufrir desea,
que es el bien de la Judea
el que mi rigor reclama.

MARIAMNE. ¿Tu rigor, Herodes? No.
Contra mí se volvería.
Tal vez de tu tiranía
la víctima fuera yo.

HERODES. Tú, encantadora mujer,
como ninguna adorada,
por el cielo destinada
á ser reina de mi ser.

MARIAMNE. Aparta tu pensamiento
del mal que te ha fascinado.
No seas, esposo amado,
causa de mi sufrimiento.
La corona de tu frente
no manches con tu rigor,
te lo pido por mi amor
y por nuestro hijo inocente.
Si es tan grande tu cariño,
no ensangrientes su inocencia,
y piensa que es la clemencia
la mayor gloria de un niño.

HERODES. Mariamne, no temas nada;
solo en nuestro hijo pensemos.
MARIAMNE. Ven, y la calma busquemos
junto á su cuna dorada.
(*Vánse por la izquierda.*)

CUADRO II.—La Revelación.

Casa de María.

ESCENA PRIMERA

MARÍA *sola.*

¡Qué repugnante maldad!
¡Horrorosa, inconcebible!
¡Dios mío, si no es posible
tan sanguinaria crueldad!
De mi existencia en la calma,
un providencial aviso
viene á herirme de improviso
en lo más hondo del alma.
¡Oh, cuán espantosa idea!
¡Mi Jesús amenazado
por ese Rey desalmado
que es el terror de Judea!
¿Cómo extinguir el dolor
que desgarra el alma mía,
si estoy viendo todavía
aquel cuadro aterrador?
¿Si aún en mi oído resuena
profética y pavorosa
la voz célica, armoniosa,
de amor y misterios llena,
que la desgracia me advierte
y de Herodes me predijo
la orden inicua que á mi hijo
pone en peligro de muerte?

ESCENA II

MARÍA *y* SAN JOSÉ *por la derecha.*

SAN JOSÉ. ¿Qué pesar te causa enojos?
MARÍA. Es una pena que tanto
me ahoga, que deshecha en llanto
está saliendo á mis ojos.
Es que Herodes, que desea
su sed de sangre saciar,
ha ordenado degollar
á los niños de Judea.
SAN JOSÉ. ¿A todos?
MARÍA. Sí, á los menores
de dos años.
SAN JOSÉ. ¡Maldición!
MARÍA. Lo previene su ambición,
lo aconsejan sus temores.
SAN JOSÉ. Sin duda, nuestro hijo amado
fué, en una solemne hora,
por Dios mismo destinado
á una misión redentora,
y por la divina ley,
pese á los hados impíos,
ha de ser de los judíos
el inolvidable Rey.
¡Ah, Herodes, luchas en vano
contra Dios Omnipotente!
MARÍA. Salvemos al inocente.
SAN JOSÉ. Y burlemos al tirano.
MARÍA. ¡Oh! sí, salvemos la vida
de Jesús, amado esposo,
y para ello es forzoso
muy pronto emprender la huída
al Egipto.
SAN JOSÉ. Sin tardanza,
no debemos vacilar;
que no pueda realizar
tan cruel é infame venganza.
MARÍA. Desfallecida me siento
para tan dura jornada.

San José. Irás por mí acompañada
y Dios te infundirá aliento.
Si es larga la travesía
auxilio nos prestarán.
María. Salvarlo es mi único afán.
San José. Vamos por Jesús, María.
(*Vánse por la derecha.*)

CUADRO III.—El castigo de Salomé.

El Palacio de Herodes. — Cámara real.

ESCENA PRIMERA

MARIAMNE *sola.*

¡Loca estoy, parece un sueño
realidad tan espantosa!
En la mente de mi esposo
la crueldad se desborda
y contra inocentes niños
dicta sentencia horrorosa.
Alguien en ocultas redes
su pensamiento aprisiona
y con invisible mano
sus sentimientos ahoga.
Alguien el odio y la envidia
con fiero empeño provoca,
pretendiendo así manchar
para siempre su memoria.
(*Vuelve la cabeza al foro.*)
Oigo pasos... es su hermana...
(*Viéndola aparecer por la derecha.*)
¿Si será su instigadora?
El corazón me lo dice,
y éste jamás se equivoca.

ESCENA II

DICHA *y* SALOMÉ *muy agitada.*

SALOMÉ. Mariamne, ¿dónde está Herodes?
MARIAMNE. ¿Qué veo, Salomé, lloras?
SALOMÉ. Es que una inquietud horrible
el corazón me destroza.
También sorprendí tu llanto.
MARIAMNE. No extrañes que no lo esconda,
que mis lágrimas no tienen
que ocultarse por traidoras.
SALOMÉ. Tal vez un mismo pesar
á las dos nos emociona.
MARIAMNE. No creo que haya una pena
tan grande y tan poderosa
que alcance á unir nuestras almas
como en tu mente te forjas.
SALOMÉ. ¿Conoces la orden de Herodes?
MARIAMNE. Sé que por tí, en breves horas,
un pueblo entero va á hundirse
del duelo en las negras sombras.
SALOMÉ. No es por eso mi inquietud
y mi ansiedad congojosa.
Tiemblo, porque no parece
el hijo que mi alma adora;
mas sé bien que le conocen
y esto á mí la calma torna.
Conque ya ves que igual causa
tiene nuestro llanto ahora.
MARIAMNE. No, que el llanto de mis ojos
por mi piedad solo brota,
y tu duelo el egoismo
solamente lo ocasiona.
SALOMÉ. Mariamne, para Judea
es tu piedad peligrosa.
MARIAMNE. En el abismo del crimen
á tu propio hermano arrojas.
SALOMÉ. El escucha mi consejo
y no tu voz que le implora.
MARIAMNE. ¡Pero es un delito horrible!

SALOMÉ. Cuando de Rey se blasona
y está amenazado el trono
por una fuerza traidora
que pretende derrumbarlo,
para salvar la corona
se apela á todos los medios:
los escrúpulos se doman
y los mayores peligros
con serenidad se afrontan.
Y si es preciso matar,
se mata; que lo que importa
es vencer, aunque la sangre
nublar pueda la victoria.

MARIAMNE. ¡Qué horror!

SALOMÉ. De sangre judía
tengo sed abrasadora.
Sangre de esa raza infame,
que es baldón de nuestra historia
y que con tanta vileza
al Rey Herodes traiciona.
Para vengar esta infamia,
que mares de sangre corran,
y á las motañas más altas
lleguen sus hirvientes olas.
Dime, hermana, si no sientes
lo que siento...

MARIAMNE. ¡Cuán odiosa
es esa dulce palabra
en tu maldiciente boca!
No soy tu hermana, mentira.

SALOMÉ. ¡Que lo seas me sonroja!
Por tu torpe cobardía
tu hijo pierde su corona.

MARIAMNE. Que la pierda una y mil veces
si sangre inocente ahorra.
¡Es inconcebible, oh cielos,
tal crueldad en quien blasona
de madre y sentir debía
las maternales congojas;
de quien como tú ha escuchado
de ese ser que tanto adoras,
de sus primeras palabras

la música melodiosa!
¡Oh, imagina que en tus brazos
con ternura le aprisionas,
y te lo arranca un verdugo
para darle muerte pronta,
cercenando inicuamente
su cabeza encantadora!

SALOMÉ. Yo amo á mi hijo como creo
que amarán las madres todas,
mas no olvido la grandeza
y el brillo de la corona.
Sembrar el duelo y el llanto,
hacer que la sangre corra,
matar el germen maldito
de esa raza tan odiosa,
ese es mi único deseo,
esa es mi esperanza sola.
¡El dolor del pueblo todo
ante mi dolor, qué importa;
libro á tu hijo y á mi hermano
de temores y zozobras!
Yo soy la leona herida.

MARIAMNE. ¡Tú eres la hiena asquerosa!

SALOMÉ. ¡Mala madre!

MARIAMNE. ¡Cruel verdugo!

(Aparece por la izquierda Herodes.)

ESCENA III

DICHAS y HERODES

HERODES. ¿Qué es esto, cielos?
¿Qué locas
furias os han desatado
las lenguas provocadoras?

MARIAMNE. *(Abrazando á Herodes.)*
¡Mi Rey, mi dueño, mi alma!

HERODES. Cálmate, querida esposa.

MARIAMNE. ¡Oh, piedad para los niños
inocentes! *(Suena dentro un clarín.)*

HERODES. Ya no es hora

de salvarlos: ha empezado
la matanza asoladora
dentro del templo.

MARIAMNE. ¡Dios mío!

SALOMÉ. *(Irónicamente.)*
¡Brava mujer es tu esposa!
(Se desmaya Mariamne en brazos de Herodes.)

HERODES. Calla, Salomé; no insultes
su dolor, que ella atesora
corazón de oro más puro
que el de mi real corona.

SALOMÉ. ¿Sabes dónde está mi hijo?

HERODES. El Centurión aún ignora
dónde está; mas se asegura
que ha ido al templo con personas
que desconocen mis órdenes.

SALOMÉ. *(Gritando desgarradoramente.)*
¡Hijo del alma!
(Vase corriendo por la derecha.)

HERODES. Huye, loca,
que Dios te impone el castigo
con mano implacable y pronta.
(Vase Herodes por la izquierda, conduciendo con trabajo á Mariamne.)

CUADRO IV

La Degollación y la Huída á Egipto.

Templo á todo foro.—En éste un forillo que pueda levantarse para que se vea al final del drama la aparición de María y San José atravesando un sendero de derecha á izquierda ó viceversa.

ESCENA PRIMERA

JOAQUINA

sola, con un niño oculto entre los brazos, mirando á derecha é izquierda con gran terror.

¡Dios mío, qué horrible angustia!
Amparadme y amparadlo. *(Breve pausa.)*

Está dormido: su sueño
un ángel está velando.
(Se oyen rumores lejanos, mezclados con gritos de dolor, lanzados por mujeres.)
Ya se acercan los verdugos.
(Mira á derecha é izquierda.)
¡Oh... si pudiera ocultarlo!
Pero, ¿en dónde? Si le falta
el calor de mi regazo,
va á llorar el alma mía
y á venderlo va su llanto.
(Rumores más cercanos y más desgarradores gritos de mujeres.)
¡Ya vienen, Dios de bondad!
¿Dónde le oculto?
(Mira al primer término de la derecha.)
Aquel ángulo
sombrío... tras la columna
lo dejo á Dios confiado.
(Vase precipitadamente por el primer término de la derecha. reapareciendo en seguida sin el niño.)

ESCENA II

DICHA y SOLDADO PRIMERO

por la izquierda, con un machete desenvainado en la mano derecha.

SOLD. 1.° *(A Joaquina, que se presenta en el primer término de la derecha, permaneciendo turbada breves momentos ante el soldado.)*
¿Tienes algún niño?

JOAQUINA. Nó.

SOLD. 1.° Entonces, ¿por qué ese espanto
que se pinta en tu semblante?
Algo ocultas.

JOAQUINA. Degollaron
al hijo de mis entrañas
sin piedad ninguna.

SOLD. 1.° Vamos,
ya tienes al angelito

en la gloria descansando.
Veré si encuentro á algún otro
que pueda ir á acompañarlo.
(Vase por la derecha; después Joaquina por el primer término derecha.)

ESCENA III

SOLDADO SEGUNDO

solo, con un niño en brazos, que se supone está muerto.

SOLD. 2.° *(Mirando al niño.)*
¡Cuán hermosa criatura!
Lástima grande me ha dado
tener que cumplir la orden
y sin compasión matarlo.
(Vase por la derecha.)

ESCENA ÚLTIMA (1)

(Mujeres del pueblo que atraviesan la escena de izquierda á derecha, llevando niños en los brazos y perseguidas por soldados, machete en mano.—Algunas luchan con los soldados y emprenden la fuga perseguidas por ellos. Vánse todos por la derecha. — Después Salomé, Mariamne, Herodes, María y José.

SOLD. 1.° *(Con un niño en los brazos, que se supone muerto.)*
¡Pobres niños! Cuando os veo
nubla mis ojos el llanto,
que no es matar inocentes
misión propia de un soldado.

SALOMÉ. *(Por el primer término de la izquierda, dirigiéndose al Soldado y retrocediendo con espanto.)*
¡Hijo mío... muerto!
(Cae desmayada.)

HERODES. *(Por el mismo término, interponiéndose.)*
Sí,

---

(1) Desde que empieza esta escena ejecutará la orquesta una melodía *muy piano* hasta el final del drama.

el cielo te ha castigado.

MARIAMNE. *(Saliendo al mismo tiempo, detrás de Herodes.)*
¡Providencia justiciera
que con este triste caso
demuestra cuán peligrosos
son consejos inhumanos!

JOAQUINA. *(Por el término de la derecha, por el que se fué.—Se dirige con el niño que ocultó á Mariamne.)*
¡Oh, reina. salvad mi hijo,
defiéndanle vuestros brazos.

MARIAMNE. Nada temas, pobre madre,
que ese niño está salvado.
(Se levanta lentamente el forillo y aparecen cruzando el fondo, monte ó selva, María con Jesús en brazos montada en un asno y San José conduciendo á éste.)
Lo mismo que ese Mesías
(Señalando á María.)
que perseguisteis en vano
y que por Dios protegido
de tu crueldad ha escapado.

HERODES. ¿Que ha huído dices?

MARIAMNE. Mírale.
He visto en sueños el cuadro
que á tus ojos hoy se ofrece
como patente milagro.

TELÓN LENTO

FIN DEL DRAMA



PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.